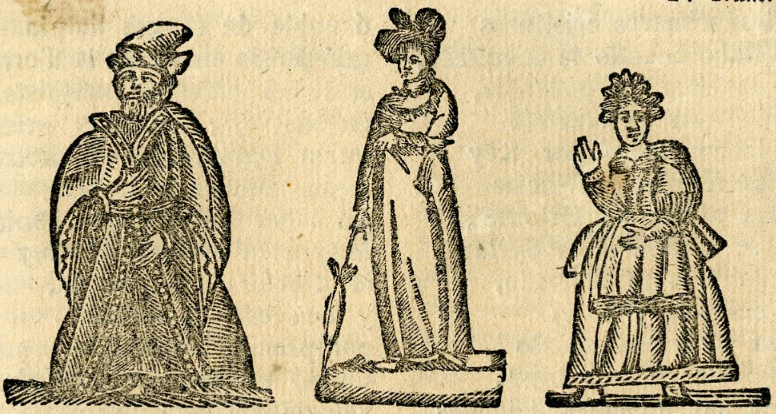

PRIMERA PARTE, DE LAS RELACIONES

DE LAS PRINCESAS ENCANTADAS,

Y DESLEALTAD DE HERMANOS.

Aquel indómito mónstruo
que fingió la idolatría,
poblado de alas y lenguas,
que fama le preconizan,
para que al orbe terreno,
en los mas remotos climas,
pueda con sus dulces voces
á todos darles noticias:
Esta misma fama sea
la que en la ocasion me sirva
de resonante clarin:
con cuyas voces melínfluas
dé á luz una nueva historia,
que por lo mismo es muy digna
que en lápidas de alabastro
para eterno esté esculpida:
cuyos dulces epitectos
puedan servir de doctrina,
para no fiar ninguno
de criatura nacida,
si hay de por medio intereses:
ni aun siendo su sangre misma;
pues tiene desde ab inicio
al mundo la fiera envidia,
culpa en que los mas tropiezan,
y pocos los que se libran.
Mas dejando dsigresiones,
es bien la historia prosiga:
Cuando el Católico Rey,
que globos de estrellas pisa,
San Fernando Rey de España,
lanzó la secta morisca
de España, y sus territorios,
con su invencible cuchilla.
Muchos nobles caballeros,
descendientes todavía

de los primeros cristianos
que hubo cuando la conquista,
fué en ellos un poderoso,
el cual por su bizarría
fue luego electo por Rey
en las fértiles provincias
de las partes del Oriente,
que se nombraba la Syria;
era su nombre Clotardo,
era casado, y tenia
de su feliz matrimonio
la belleza de tres hijas,
que á las humanas deidades
llevaron la primacía.
Viéndolas el Rey su padre,
que pocos las merecian,
y muchos los que aspiraban
subir á tan alta dicha.
Ordenó hacer un castillo
de vistosa simetría,
y de altura formidable,
que aun la mas aguda vista,
sus pirámides y almenas
penetrarlas no podian;
allí dispuso encerrarlas
con infernal inventiva,
pues buscó un mágico sabio
que con hechizos hacia
nigrománticos enredos;
á éste el Rey le notifica,
haga un fuerte encantamiento
tal, que no puedan ser vistas
ni vencidas de ninguno
hasta que el Rey lo permita.
Dejándolas emplazadas
como en clausura continua,
y fue el poner tres caballos,
ó sátanicas arpías,
para cada una el suyo,
donde el encanto se cifra.
Despues despachó un decreto
que cualquiera caballero
ó noble de sangre limpia
que pueda entrar en la Torre,
si aquel encanto conquista,
en sus hijas tendrá el premio
quien lograre aquesta dicha,
serán casados con ellas
sin haber quien se lo impida.
Muy bien conocia el Rey
la dificultad que habia,
y con esta confianza
por premio las ofrecia.
Corrió en todos sus Estados
velozmente esta noticia:
á este tiempo tres hermanos,
de gallarda bizarría,
caballeros, y aunque pobres,
de ilustre genealogía,
nacidos en Dinamarca;
oyendo aquesta noticia
dispusieron valerosos
el partirse á grande prisa,
por ver si la feliz suerte
quiere que tal bien consigan.
Ya los tres reconocidos,
dejan su patria, y caminan
hasta llegar á la corte;
y con la atencion debida
dijéronle al Rey su intento,
y al punto mandó que pidan
todo lo menesteroso
de cuanto se necesita;
con la sentencia, y el cargo,
que el que fuere á la conquista,
sino salen con la empresa,
luego será dividida
de su cuello la cabeza,
castigando la osadia.
Pidió el mayor, y el segundo,
caballos y armas lucidas;
y el menor pidió que un carro
tan solamente queria,
con dos bueyes, y que en él
poner para muchos dias
gran prevencion de sustento
de comidas y vevidas,
muchos clavos, y una cuerda
de largura sin medida.
Hechas estas diligencias
que ya dejo referidas;
salen los dos á caballo,
y dentro de pocos dias
le dieron vista al castillo,
y á su eminencia se arrimen,
mas luego es perimentaron
sus diligencias perdidas;
pues viendo la elevacion
fallecen y desaniman,
por no hallar en sus contornos
poblacion grande, ni chica,
donde saciar hambre y sed,
que los aflige y fatiga.
Algunos dias gastaron
dando ideas discursivas,
cómo poder conquistar
Torre tan fortalecida;
mas viendo no ser posibie,
ya cansados determinan
volverse para su patria,
sin premio á tanta fatiga;
tomaron la propia senda
que antecedente traían,
y en medio de ella encontraron
al hermano que venía
muy poco á poco en su carro,
con prevencion de comida,
y al verlo le propusieron
los imposibles que habia
para conquistar el fuerte,
que se vuelva, y no prosiga:
no bastaron persuasiones;
pregarias, ni rogativas;
despues que hubieron comido,
volvieron en compañía,
llegaron segunda vez

á la encantada alquería,
hicieron alto, y descargan
los viveres que traían,
fue el mancebo examinando
la Torre, que no tenia
puerta, puente, ni rastrillo,
ventanas ni celosías;
y bien registrada toda
ciño á su cintura misma
una vanda, y en la cual
los fuertes clavos afirma;
cogió un cabo de la cuerda,
y un buen martillo en la cinta,
y al fijar el primer clavo
vieron que se estremecia
el encantado castillo,
y dentro una gritería,
que no ser su valor tanto,
no siguiera su porfia.
Siguiendo su operacion,
sin temor ni cobardía,
poniendo clavos, y haciendo
para subida, su vida.
Con artificiosa maña,
y astucia tan bien urdida,
llegó al estremo postrero;
y apenas su cumbre pisa
le salieron al encuentro
tres hermosísimas Ninfas,
mostrándose sus bellezas
aun mas que humanas divinas:
diciéndole: quién sois jóven,
que con tan libre osadía
has profanado el decoro
de este alcázar, donde habitan
tres Princesas? pues tu muerte
pagará tal demasía.
El respondió: pues Señoras,
como este favor consiga
de morir á vuestros ojos,
causa á mi muerte envidia!
y así tendreis por sabido,

y así tendreis por sabido,
que como ustedes permitan
que las libre de este encierro,
aunque para la salida
todo el mundo se me oponga,
no es posible que me rindan.
Uniformes respondieron;
pues como el valor te asista,
todas tres obecemos
muy gratamente propicias;
que te será bien premiado:
mas para eso precisa,
que á tres hermosos caballos,
que en este castillo habitan,
á cada uno una cerda
les quitarás, que en las mismas
está nuestro encantamiento
y tenlas en mucha estima,
paraque en cualquier fracaso,
que te halles no te aflijas,
si el elemento del fuego
á cada una le aplicas.
Esto dijeron, y luego
á una cuadra lo encaminan,
donde estaban tres pegasos,
de tres colores distintas;
hizo lo ya referido,
las guardó, y á grande prisa,
dispuso bajar las damas,
que del placer y alegría
mil parabienes le daban,
con ternezas y caricias,
y al impulso de la cuerda
á la hermana mayor liga,
y con valor increible
en tierra la deposita,
lo mismo fue la segunda,
quedó sola la mas chica,
le dijó: jóven gallardo,
toma aquesta gargantilla,
que en valor, poder y hechura
otra alguna no la imita,
y aunque diversos trabajos
te atormenten y persigan,
jamás te enagenes de ella,
que podrá ser que algun dia
te importe, y con esto el cielo
te libre como nos libras:
con esto descendió al suelo,
con la misma anatomia;
y habiéndola ya librado
de esclavitud tan indigna,
le tiraron de la cuerda,
quién vió mayor bastardía
entre hermanos, pues se halló
con la esperanza perdida
de bajar, pues ni aun los clavos
halló, que hincado habia.
Entónces los dos hermanos,
con infernal avaricia,
conociendò que su hermano
todo el premio merecia,
envidiosos dispusieron
ponerse luego en huida,
montándolas en los brutos,
bolaban, y no corrian,
hasta llegar á la corte,
donde el Rey se maravilla,
en ver á sus hijas libres,
que aun viéndolas no creía:
ellas guardaron secreto,
solo dijeron que habian
por los dos sido libradas,
y el modo, la traza y cifra.
Y viendo el Rey que eran nobles
al provito determina
desposar las dos mayores
con fiestas muy deleytibas:
y porque pide esta historia
tiempo para referirla,
pide Alonso de Morales,
que atencion se le permita,
que en la segunda jornada
nada tardará en decirla.

de su gargantilla y dueño,
que la libró del peligro,
no dudó el darle la mano
como habia prometido
causando en el Rey tal pena,
que fue bastante motivo
que todo el reyno afease
el mal gusto que ha tenido;
reduciendolo á tristeza
en vez de hacer regocijos.
no queriendo que en palacio
viviese, ni aun por indicios;
y afuera en los estramuros
un tosco albergue les hizo,
donde apartados viviesen,
sin ser oídos ni vistos;
su esposa le guerreaba,
que no se mostrase tibio
en descubrirse, pues todos
afeaban sus delirios,
mas él hasta mejor tiempo
tuvo el secreto escondido.
Lloraba el Rey su desgracia,
sin hallar en nada alivio,
tanto fue que cayó enfermo,
ya de la vista perdido,
que con el continuo llanto
quedó ciego sin sentido:
vinieron médicos sabios,
haciendo varios cabildos:
hasta que el último acuerdo
fue decir, que entre unos riscos
en los montes de Esclavonia
estaba el único alivio
en las aguas de una fuente;
mas que habia gran peligro
por las indómitas fieras
que habitaban aquel sitio,
que en consiguiendo el traerla
tendrá el Rey total alivio.
Los dos yernos se ofrecieron,

prontos y reconocidos,
aunque aventuren las vidas,
y pasen diez mil peligros;
esto lo supo el hermano,
y sin darle á nadie aviso,
llamó al caballo encantado,
de los tres el primitivo,
y montándose salió
mas velóz que un torbellino,
fue á la fuente, y tomó el agua,
y viniendo de camino
se encontró con sus hermanos
que iban al intento mismo,
y les dijo: caballeros,
ese es trabajo perdido,
que aqui llevo yo ya el agua,
y aguardo un premio crecido;
entonces los dos á un tiempo,
le dijeron: noble amigo,
nosotros te lo daremos
en plata ó en oro fino,
como el agua quieras darnos:
y prontamente les dijo,
no quiero otra cosa en premio
que dos peras que he sabido
que á ustedes presentó el Rey
por favor muy esquisito,
y pues consigo las traen,
eso es lo que en premio pido;
luego se las ofrecieron
por entrar mas aplaudidos.
Hecho entre los tres el cambio
se volvieron al proviso,
con la cual cobró el Rey vista,
y ellos el quedar lucidos:
tuvo de allí á poco tiempo
con grandísimo peligro
el Rey otra enfermedad,
y médicos muy peritos
no encontraban medicinas;
hasta que el mas sabio dijo:

que en los desiertos de Albania,
entre sus montes altivos
hay entre sus muchas fieras,
de tanto especie distinto,
muchas leonas, si á una
pudieran con artificios
sin darle muerte sacarle
el néctar de su recinto,
era el singular remedio,
lo cual no hay otro en el siglo,
ni se podria encontrar;
y los dos reconvenidos,
por gozar todos los fueros,
salieron bien guarnecidos;
y el hermano al mismo tiempo
se salió al campo y dió un grito,
llamó al segundo caballo,
y luego que hubo venido
se montó, aunque disfrazado
con otra forma y vestido;
llegó al monte, y como iba
con la mágica y hechizo
pudo coger la leona,
sin que de él fuese sentido,
y sacó porcion de leche,
á su eleccion cuanta quiso.
Se volvió, y á pocas leguas
encontró los contenidos
hermanos, que deseosos
ser del Rey los mas validos,
iban resueltos y osados,
por quedar mas aplaudidos:
luego que se saludaron,
así les habló y les dijo:
Amigos ya yo he logrado
lo que pretendeis vos mismos,
ruéganle que se la diera
por cuanto fuere servido:
y él les dijo: caballeros
luego otorgaré el partido
si permiten que una oreja
os corte con mi cuchillo,
á cada uno, y el cambio
se hará sin que haya entredicho.
Al principio este concierto
gran dificultad les hizo;
mas por grangear honores
otorgaron el partido,
pues encubria el defecto
las pelucas y capillos.
Llegaron muy orgullosos,
y fueron bien recibidos
de todos, pues fue la leche
único bálsamo fino,
con que recuperó el Rey
cuanto tenia perdido;
mas, ó verdadero adagio,
que refieren lós antiguos,
que no hay placer que no tenga
algun sentimiento alquicio.
Sucedió que en este tiempo
que otro Rey enfurecido
le puso á Clotardo guerra
con rigor egecutivo;
hallábase atribulado
por su mucbo poderío.
Llamó á sus yernos á solas,
diciéndoles que su advitrio
era, el que fuesen los dos
con silencioso sigilo,
á registrar como espías,
el campo del enemigo.
Con esta resolucion
los nombró el Rey por caudillos
fiando en ellos la empresa,
como que eran ya sus hijos.
Salieron á ver el campo,
donde el contrario atrevido
esperaba, mas tuvieron
su merecido castigo;
no hacian caso del loco,
dándole siempre al olvido:
Mas él de cuanto pasaba
de todo tenia aviso;
se fué á un desierto, y allí
la misma operacion hizo,
llamando al tercer caballo,
y fué llegado al proviso
con lucidísimas armas,
de acero terso y bruñido.
Se fué al campo de la lid,
y con invencible brio,
imitando á Santiago,
entre los contrarios hizo
estragos tan formidables,
que los dejó destruídos,
ganándoles dos vanderas,
y trayéndolas consigo:
encontró á los dos que iban
que siempre fué encontradizo,
que iban descubriendo el campo,
hablóles muy comedido:
amigos ya venís tarde,
y siempre pierde el tardido,
y así para esta conquista
muy frívolos habeis sido,
porque ya por otras fuerzas
quedan muertos y vencidos;
lo cual estas dos vanderas,
y de esta espada los filos,
para abonar la verdad
son suficientes testigos;
dijéronle si queria
quedar en estremo rico,
las redujese á monedas
que pida, y no sea omiso;
díjoles, que no estimaba
por ellas, ni aun cien bolsillos:
que solamente estimaba,
si querian consentirlo,
señalarlos con un hierro
á donde fuesen servidos,
serán las vanderas suyas,
si convienen en lo dicho;
ni las orejas, ni peras
les hicieron tal ruido,

como el de considerarse
esclavos sin ser cautivos;
mas ó codicia avarienta,
ó intereses de este siglo:
por último, concedieron,
y él hizo un hierro encendido,
y en la espaldilla siniestra
se los dejó á los dos fijos:
se fueron con las banderas,
y dijeron haber sido
los que á todos los contrarios
vencieron sin ser vencidos.
Aquí fueron los placeres,
que no es dable referirlo.
Creció con mayor estremo
el odio y rencor maldito
del Rey contra el tercer yerno,
por ser hombre tan indigno,
que determinó arrojarlo,
porque jamás fuese visto,
á unas islas muy remotas;
mas él humilde y propicio
le pidió al Rey por merced
se muestre con él benigno,
que el dia de su partida,
dentro del palacio mismo
se junten todos los grandes
señores esclarecidos,
para un famoso combite,
esta súplica le hizo,
que por último consuelo,
lo pide, y ha de cumplirlo;
se concedió el pedimento,
y acudió inmenso gentío;
fué el que tenian por loco,
y se adornó de un vestido,
que su valor y hermosura
fué en grado superlativo;
se afeytó, y quedó su rostro
brotando grana y armiño:
entró, dando envidia á todos,
al ver su garvo y su brio;

entónces lo conocieron
sus hermanos de improviso,
que les motivó á desmayo,
envueltos en sudor frio:
Sacó entónces las dos peras,
diciendo: ya no permito
me digan mas vituperios,
que bastantes he sufrido
por mis traidores hermanos,
yo gran Señor soy el mismo
que liberté las Princesas,
bien lo saben que yo he sido,
y el mismo que trajo el agua;
por lo que hube conseguido,
que estas dos peras me diesen:
Se dió por verdad lo dicho;
y ahora quiero que todos
manifiesten sus oídos:
quitáronse las pelucas,
y solo en los dos se vido
que les faltaba una oreja,
y él las sacó del bolsillo,
diciendo: estas son las mismas
que á los dos corté yo mismo
cuando trajeron la leche
que os dió en los ojos alivio,
gran Señor, y para que
queden del todo corridos,
descúbranse las espaldas
vereis son esclavos mios,
que ahí lo dirán las señales:
este fue el mayor martirio
y verguenza que pasaron,
manifestar lo escondido,
y descubrir sus engaños.
Y luego en público dijo:
esto lo he hecho tan solo
porque estos hermanos mios
trazaron la falsedad,
que egecutaron conmigo:
mas para que de mi pecho
conozcan lo esclarecido:
yo los perdono de todos
los agravios cometidos;
y viendo el Rey que de todos
aplausos solo era digno,
le dió un muy estrecho abrazo
diciendo: amado hijo,
si hasta aqui te he despreciado,
desde hoy mudo el designio,
tú solo serás de todos
mis bienes hereditivo,
como así fué, que por muerte
del Rey gozó el Señorío:
no quiso que á sus hermanos
les diesen ningun castigo,
sino es que allí se quedasen
sin que tuviesen dominio
en cosa alguna en palacio,
que estos son los merecidos
que consiguen los avaros,
que emprenden casos indignos,
y así quien todo lo quiere,
todo lo pierde, y es fijo.
Donde Alonso de Morales,
que este suceso halló escrito,
quiso reducirlo á versos,
á el mandato de un amigo,
pues los que súbditos nacen,
obedecer es preciso.

FIN.

Estivill